

HARO TEGLEN

LA ENCRUCIJADA DE PRAGA

Parace ser que Praga es hoy una encrucijada histórica. Pasan por ella unas líneas de ideologías, intereses, agitaciones, presiones exteriores, estrategias políticas y militares; se cruzan, se embarullan, se mezclan en una serie de informaciones intoxicadas que se reparten por todo el mundo, y, por el momento, el país de Kafka parece un laberinto kafkiano. Esta confusión es deliberada. Si no se exagera, la aplicación de cierta lógica puede ayudar a comprender algunos acontecimientos, aunque no a imaginar su desenlace. Los de Checoslovaquia se prestan a este examen.

En primer lugar está la evolución propia de Checoslovaquia, que no es un hecho aislado dentro del mundo comunista; a su vez, esta evolución de algunos países comunistas no es tampoco una excepción dentro del mundo en general. Procede de una repudiación casi general del sistema de bloques, de una negativa a las hegemónias políticas, de una renovación de sentimientos nacionales —o de vías nacionales para conseguir una posible universalidad— y de un desencanto general de las fórmulas políticas ejercidas por los poderes. Sabemos que, entre otros desastres, la guerra fría produjo en el mundo una congelación, una esclerosis de las formas políticas implicadas en ella. El comunismo se hizo rígido y Occidente cayó en la democracia-ficción. Los dos cuerpos políticos se tensaron para el ataque o la defensa. Algo tan rico en cualquier sistema como la diversidad de pensamientos, la crítica, la oposición, la divergencia, fue cortado de raíz en el mundo estaliniano y fue hábilmente desviado hacia vías muertas —sin eficacia en el desarrollo de la vida nacional— en los países occidentales. Este sistema se rompió casi brutalmente en la URSS a la muerte de Stalin, con el XX Congreso; luego, poco a poco, inició un camino de retroceso. En el Oc-

cidente americano pasó algo relativamente igual durante el breve mandato de Kennedy; su asesinato y la guerra del Vietnam marcaron también al camino de retroceso. Las direcciones políticas de los países se volvieron a contraer. Sin embargo, las fugaces aperturas y la noción de la imposibilidad de la guerra nuclear —y, por lo tanto, de la esterilidad de la guerra fría— habían descubierto caminos irreversibles. Ciertos hechos de índole natural —la acumulación científica y técnica, la tendencia demográfica a aumentar los sectores jóvenes de las sociedades, el desarrollo de la información, la crisis cerrada de las economías de consumo, la presión creciente del mundo del hambre, la aparición de nuevos puntos geopolíticos de fricción— han seguido dándose de una manera casi predeterminada y las anquilosadas fuerzas políticas del mundo no los han tenido en cuenta. En consecuencia, se ha producido, o más bien se está produciendo, un divorcio total entre política —como ejercicio del poder— y sociedad. La «primavera checa» o el «mayo francés» son, en este sentido, movimientos idénticos. Son ciertos grados de revolución contra una clase política en el poder que es anacrónica, que cierra las salidas naturales, que impide la participación directa de las masas, la democracia directa; que inutiliza unas fuerzas reales o las dirige al vacío, que priva de sentido a una mayoría de vidas. Los acontecimientos estudiantiles, pacifismo, manifiestos intelectuales, embriones de grupos nuevos y de maneras nuevas de lucha— tienen el mismo sentido. Es preciso aclarar mucho que en ningún caso se trata de una repudiación de la democracia o del marxismo, sino de las clases políticas dominantes que impiden que marxismo o democracia se desarrollen y evolucionen en un sentido positivo en lugar de fascinarse en puntos pasados de su historia. A este movimiento simétrico se le ha llamado en Francia «peligro



La tensión continúa. Los gobiernos «visibles» de la URSS, y los EE. UU. desean, posiblemente, que la crisis checa se resuelva sin violencia. Pero queda por saber lo que pensarán los gobiernos «invisibles». Mientras tanto, y en espera de las ya aceptadas conversaciones bilaterales, las tropas soviéticas siguen abandonando Checoslovaquia.

comunista» y en los círculos ortodoxos del comunismo, refiriéndose a Checoslovaquia, «peligro anticomunista». Cada grupo en el poder tiene su fantasma inventado, y el acudir a su viejo espantapájaros demuestra claramente su esclerosis.

Checoslovaquia quiere realizar su «marxismo en libertad», quiere dar un sentido nacional a su economía, quiere renovar la utilización de sus medios de producción, quiere abrir paso a la participación real de las masas. Hay, ciertamente, un riesgo grave en su intento. Hay una aventura. La tentación de lo que Moscú llama «fuerzas imperialistas» de aprovecharse de la situación es grande. El hallazgo de depósitos de armas de fabricación americana, las maniobras «Leon Negro» de la Alemania occidental (que han sido suspendidos probablemente por presión americana para evitar posibles incidentes), la introducción de agitadores profesionales, son elementos que existen. La persistencia de elementos antimarxistas en Checoslovaquia es una realidad. Alemania Federal está profundamente interesada en un cambio total de frente de Checoslovaquia. Francia, también, según su nueva fisonomía. Más que este cambio de frente, les interesaría que se produjera una situación tal que obligase a la URSS a intervenir, como en Hungría en 1956: ello obligaría a su vez a los Estados Unidos a sostener sus fuerzas en Europa —que se están retirando—, incluso a reforzarlas, a reanudar el clima de guerra fría, a interrumpir su entendimiento con la URSS y a regresar a la política de bloques y de «borde del abismo» que tan excelentes resultados dio para algunos negocios europeos —el «milagro» alemán, el italiano y la restauración de Francia—; puede decirse que, explícito o implícito, hay un «complot» intereuropeo en ese sentido. Ciertamente, a la administración americana no le interesa tal cosa en absoluto. Una situación violenta en Checoslovaquia le obligaría a intervenir o a no intervenir, y cualquiera de las dos únicas salidas le sería fatal. En el mismo caso está la Unión Soviética. La intervención armada para apagar una contrarrevolución, un anticomunismo en Checoslovaquia, le sería desastrosa porque destrozaría su prestigio internacional —recordemos otra vez lo sucedido en Hungría en 1956—; la abstención, onerosa por cuanto perdería un miembro importante del pacto de Varsovia y porque no sabría en qué fronteras se iba a detener esta contrarrevolución. Teóricamente, los gobiernos visibles de la URSS y de los Estados Unidos desearían que la experiencia neomarxista de Dubcek se prosiguiera pacíficamente en Checoslovaquia y que se extendiera a otros países. Checoslovaquia podría ser la segunda Yugoslavia —que la apoya—, Rumania —que también la apoya— sería la tercera. Esto, en cuanto a los gobiernos visibles. Pero existen los «gobiernos invisibles», por utilizar la ya famosa expresión con que White y Ross denominaron a la C.I.A. La URSS y los Estados Unidos tienen sus «intervencionistas», sus «duros», sus «ortodoxos»: son personas y entidades con fuerza, con dinero, con armas, con influencia en la zona de que se trata. Ni los Estados Unidos, ni menos aún el acobardado poder francés de hoy, pueden tener seguridad de la actuación de algunos de sus generales delegados en Alemania del Oeste, de sus agentes en el mundo del Este. La URSS no intervendría en Checoslovaquia si supiese que estas fuerzas ocultas no van a darle un mordisco grave. Pero la URSS tiene también sus elementos fanatizados que están dispuestos a adelantarse. Por otra parte, los partidos comunistas occidentales tratan urgentemente de evitar cualquier prueba de fuerza. La mediación del francés Waldeck Rochet es, más que generosa, interesada. Sabe lo que le costaría a su partido, deteriorado por los acontecimientos de mayo, acusado de revolucionario y de antirrevolucionario al mismo tiempo, una situación de violencia en Checoslovaquia: los cientos de intelectuales que huirían aterrorizados, con las manos en sus humanitarias cabezas, unos por auténtica emoción, los más por aprovechar una ocasión brillante de escapar de un partido que compromete y que pierde peso. La mediación italiana tiene un significado parecido.

Estas parece que son algunas de las claves esenciales del laberinto. Hay otras. Por ejemplo, la irritación que produce en medios occidentales que un país comunista pueda zafarse de una hegemonía sin más que discusiones y palabras cuando, por ejemplo, Santo Domingo recibió la visita de los paracaidistas americanos para convencerle de su error; que una sociedad pueda modificar sus estructuras arcaicas con la cooperación del poder —de un sector grande del poder— cuando en Francia hubo que llamar a los tanques de Massu para impedirlo. Por ejemplo, el temor de la URSS —del poder establecido en la URSS— de que la «experiencia» checa traspase sus propias fronteras. Los checos son un pueblo zumbón, humorístico, imaginativo, y dicen ahora: «Los rusos nos liberaron en 1945, nosotros los liberaremos en 1968», aludiendo a la posibilidad de lo que hoy en ellos es revisionismo sea mañana ortodoxia en Moscú. Estas últimas claves son las que producen las informaciones deformadas, la intoxicación que, a su vez, se interfiere en el curso de los acontecimientos.



VIETNAM

La tercera oleada...

«Saigón se ha convertido en el objetivo principal y posiblemente único de los vietcongs», afirma, entre dos «tacos», el general Creighton Abrams, nuevo comandante en jefe de las tropas norteamericanas en Vietnam.

Siempre tan explícitos, sus servicios de información dicen: «El problema no consiste, como piensan ciertos diplomáticos, en saber si los vietnamitas van a atacar, sino cuándo lanzarán su tercera oleada».

La primera oleada, violenta, visible en todas partes, fue la ofensiva del «Tet». La segunda, descubierta «a posteriori», era de un estilo diferente: subterránea, secreta, pese a ciertos choques violentos en mayo. Los americanos habían creído una vez más que el Frente de Liberación estaba agotado, desangrado. Ahora saben ya que sus adversarios han instalado un enorme dispositivo logístico que atraviesa todo Vietnam del Sur. Esa era precisamente la segunda oleada.

La amenaza apunta sobre todo a la capital. «El FNL y los norvietnamitas —reconoce el Estado Mayor americano— no habían controlado nunca tanto terreno en torno a Saigón». Los bosques, las ciénagas, los arrozales que circundan la ciudad están llenos de depósitos y de tropas. Las superfortalezas B-52 se esfuerzan a diario por neutralizarlos, ya que no aplastarlos. A juicio de los americanos, «Hay 20.000 soldados vietnamitas en los alrededores, equipados de un material de telecomunicaciones moderno. Quince batallones señalados en un radio de diez kilómetros en torno a la capital y, más lejos, otros veinte o treinta».

Con objeto de vigilar sus movimientos evanescentes, el general Abrams —que, por temperamento, odia las situaciones defensivas— está haciendo construir 60 miradores, amplía los puestos de radar antipersonal. El plan

«Hop Tac» («Cooperación») aplicado por el general Westmoreland antes de su marcha, pretendía «suprimir la movilidad de los vietcongs con la colaboración de la población». Fue un fracaso: primero, los habitantes de Saigón y de la periferia dejaron al FNL que bombardease la capital con «roquetas». Y actualmente no denuncian a las patrullas de reconocimiento que se infiltran, cada madrugada, a través de las inciertas líneas de 12.000 americanos de las divisiones novena y veinticinco.

El general Abrams quiere traer a la capital cien mil soldados —una quinta parte del cuerpo expedicionario—. Esta es una de las razones por las que evacuó Khe Sanh, «posición clave del dispositivo». Hace seis meses y «sin significación operacional» hoy...

Una amenazadora incógnita para los americanos: el número de regulares e irregulares vietnamitas implantados ya en la capital y, sobre todo, en el primer distrito, que va de Cholon hasta Gia Din. ¿Qué hace exactamente, infiltrada, dispersa en grupos de diez, en pleno centro de la ciudad, la unidad A 2/C, fuerza especial del FNL que cuenta con 1.600 especialistas?

Calma relativa en casi todos los frentes. Sin embargo, las operaciones realizadas por los vietnamitas convergen: a través de las maniobras tácticas reaparece la estrategia de la gran paciencia. A diez kilómetros de Saigón arde el gigantesco depósito de carburante de Nha Be. Salta por los aires el puente de Ben Luc, que une a la capital con el «delta» (¿Para impedir que la capital reciba refuerzos en caso de un ataque general?). Cuantos más escondrijos de armas descubren los americanos —y los hallan por decenas— más se inquietan: «Por cada escondite descubierto, hay otros cinco que no se descubrirán nunca». El más importante contenía diez toneladas.